



¿Cómo formar a un desobediente? O la filosofía como necesidad para una participación ciudadana crítica

Por VICTOR CARLOS HURTADO ESTRADA

vchurtado@gmail.com

El contexto

Las sociedades contemporáneas son sociedades complejas; sociedades en donde los individuos se encuentran en una situación de incertidumbre. Las sociedades actualmente mantienen esquemas de autoridad que se muestran en las formas de control de los conflictos y en la atención administrativa de las demandas sociales; dichos esquemas son insuficientes o incapaces de entender las novedosas formas de interacción que tienen los sujetos con la ley y con el poder, con las instituciones y con los agentes de los gobiernos: allí está la incertidumbre. El aparato administrativo en las sociedades manobra a un ritmo que denota la falta de operatividad ante los tiempos actuales; en este sentido, en los ciudadanos surge una incertidumbre sobre la solución institucional-administrativa a sus problemas o demandas.

En este sentido, en nuestras ciudades globalizadas, dada la pluralidad de intereses sociales, económicos, culturales y políticos que se interrelacionan todo el tiempo, la formación de seres humanos comprometidos con su entorno parece ser indispensable. Los actuales problemas a los que nos enfrentamos, tales como la inseguridad, la pobreza, la corrupción, la impunidad, el desempleo, entre otros, han hecho que germine continuamente un descontento social. Si bien la convivencia con el Otro es difícil dada nuestra particularidad, el descontento mana de la falta de interés de nuestros gobernantes por atender los problemas ya mencionados, de la ineficacia de las instituciones gubernamentales o de la actuación ilegal e ilegítima de los representantes sociales.

Ya han sido tantos años, lustros o décadas de soportar esta situación que de manera necesaria, han ido surgiendo diferentes modos de “hacer notar el reclamo social”, ya que en la medida en se vuelven notorios dichos reclamos (públicos y mediáticos), se exigen soluciones.





Sin embargo, el reclamo no es general, siempre son unos cuantos, algunos puñados de hombres que exigen y que pocas veces son escuchados; pues la mayoría de los afectados se han acostumbrado a escuchar que las cosas no van a cambiar, a que todo va a seguir igual. La inacción, la falta de interés social y la preocupación únicamente por lo que personalmente nos puede afectar, son la causa de que a las personas les interesen cada vez menos temas como la política, la comunidad, la educación o la filosofía.

¿Cómo hacer que los ciudadanos tomen en cuenta su realidad y hagan política? Creemos que no tenemos otra opción que por medio de la educación filosófica; pues sólo de esa manera podemos formar sujetos políticos que reclamen, que protesten, y que no se conformen con las soluciones inútiles de un sistema social precario.

Las actuales tendencias en la educación, en general, es de apoyar toda aquella formación de individuos que produzcan y que maquilen (que obedezcan o acaten), dejando a un lado la formación cívica, ética, ciudadana, humanística y de cultura política, que desemboca en individuos analíticos, críticos y autónomos. Esto, a su vez, hace percibir a todos aquellos grupos o individuos que defienden derechos, o que realizan protestas y consideran como una opción por ejemplo la desobediencia civil, como incivilizados, bárbaros, salvajes, delincuentes o gamberros. En las Universidades, tal y como su nombre lo dice, convergen distintas formas de pensar y de actuar, incluso ideologías contrarias. Es justamente en este espacio en donde se pueden formar estos ciudadanos, actores políticos que pueden considerar esta otra vía de “práctica política”. Es en las aulas de la Escuela en donde la interacción con los estudiantes debe dar la pauta para considerar los actos de desobediencia como parte de la formación ciudadana. Pero ¿cómo debe ser ese tipo de interacción entre el docente y el alumno?, ¿cómo debe ser el modelo educativo?, ¿qué tipo de enseñanza tenemos que fomentar?, ¿cuál es la función de la escuela, los colegios o las facultades para estos objetivos? Son estas interrogantes las que forman la “medula” del presente trabajo.

Cuando decimos que la formación humana nos es indispensable, nos referimos a que creemos que específicamente que la educación universitaria, que en la universidad y en el bachillerato, la formación del sentido social es fundamental para volver a interesarnos por el Otro, por la comunidad, por la política, por nuestro entorno. Teniendo en cuenta que la





educación o la formación humana no solamente reside en la universidad, puesto que en la formación interviene la familia, la zona geográfica, y/o el contexto socio-cultural —y sabiendo que en ella otras formas influyen como los medios masivos de comunicación—, es por demás que es la Universidad el elemento clave para poner en cuestión los diferentes saberes que son asimilados acríticamente por los individuos, dados por la tradición o la costumbre.

Un claro ejemplo de la importancia de la educación es el Bachillerato Universitario, y tomamos ese ejemplo porque, además de que lo conocemos, es el momento en donde el estudiante toma grandes decisiones en su vida, y creemos que es un momento crucial tanto para la formación humana como para conocer e involucrarse en la vida social, en la vida en comunidad.

Los alumnos

En el alumno actualmente se percibe un desinterés por su formación profesional, y es que el mismo contexto social se presenta para ellos como un lugar en donde no hay oportunidades para el cambio. Hace algunas décadas se decía que el ser profesionista era símbolo de vida plena, una vida realizada, con un sustento económico estable y que propiciaba una garantía de seguridad laboral; la sombra del colonialismo se actualiza cuando el discurso de los padres repite frases como: “Estudia para que seas alguien” o “Tienes que estudiar para ser alguien en la vida”; es decir, se es nadie, sólo estudiando se logra ser alguien: alguien con escolaridad y dinero, alguien que manda y no es mandado. Es el discurso en donde es nadie el pobre, el sometido, el conquistado, el explotado. Ahora se ha desdibujado ese panorama, pues en nuestro contexto, no hay garantía de encontrar trabajo, no hay seguridad de obtener una vida sin carencias e incluso ser una persona con prestigio, y los estudiantes lo saben. Los estudiantes perciben cosas muy distintas; en una contradicción entre la vida social y el mundo escolar.

Por otro lado, la normatividad y la vigilancia del orden que impera en las escuelas, se imponen al estudiantado desde temprana edad como estructuras sociales conservadoras (como aparatos ideológicos), que despiertan conductas de provocación y desafío a las



autoridades y maestros, o bien actitudes de indiferencia y apatía hacia lo que ocurre dentro y fuera de la escuela; lo que se convierte en un sistema de simulación y engaño para lograr “sobrevivir” en la escuela.

En los Colegios y Escuelas, tanto públicas como privadas de la Ciudad de México, la mayoría de ellos están preocupados por imponer cierta disciplina a los estudiantes, lo cual ha derivado en que los estudiantes 1) se rebelan abiertamente, 2) se acomodan a las reglas aun estando en desacuerdo con el fin de mantenerse en ella y lograr una constancia de término, o 3) desertan antes de concluir los estudios. Justamente Peter McLaren, filósofo y pedagogo, nos menciona que la conducta del alumnado no tiene ningún otro fin que el de la “resistencia a la escuela”, es decir, de la firmeza de los estudiantes ante los rituales y rutinas que impone la escuela para el dominio a sus miembros y sus propósitos *deslibinizadores*.¹

Dichas prácticas escolares se presentan como opuestas a las que suceden en la calle o en sus casas. En sus casas muchos alumnos se encuentran “solos” o al menos sin sus padres, el modelo familiar ya ha variado, pues las madres ya no se encuentran comúnmente en casa, ahora si acaso estarán abuelos, tías, sobrinos o primos que podrían conllevar un compromiso variado; o bien, hay madres solteras, o padre y madre que tienen que trabajar ambos para sustentar la economía familiar, esto hace que los estudiantes, al no tener referencias, estén únicamente comprometidos con sí mismos o con nadie.

La cultura fuera de la escuela conlleva algunos aspectos que han sido definidos como “posmodernos”, o característicos de la generación “millennials”: el individualismo, el narcisismo, el hedonismo, la indiferencia o el sin sentido, la trivialización tanto de las ciencias como de las artes y las humanidades. Lo *cool* o lo *light* de la vida no se corresponde con la vida en las instituciones escolares.²

El contexto general del estudiante: pobreza, desempleo, inseguridad, escaso capital cultural, desintegración familiar, crisis económica. Fruto de lo anterior, es dedicarse a la informalidad o a la ilegalidad, pues es el medio que cuesta menos trabajo para sobrevivir.

¹ Cf. P. McLaren (1993)

² Cf. H. Giroux (1996)



Entonces se presentan el pandillerismo, el alcoholismo y la drogadicción como “puertas” abiertas que reciben al alumnado tal y como son, pues la escuela representa un cambio, pues la escuela “no me quiere soy”.

Otro de los elementos que intervienen en esta apatía es que los alumnos rara vez estudian en donde ellos quieren, pues la asignación no proviene de ellos sino de una asignación oficial dada la escasa y precaria oferta educativa.³ Además, podemos añadir que muy pocos estudiantes tienen una referencia familiar y exitosa por sus estudios, pues la mayoría de los padres tiene una escolaridad escasa, inferior a la del bachillerato.

Podría hablarse de una apatía cruzada por un pesimismo, pues la escuela no representa la solución a sus problemas, antes bien es el lugar en donde van a divertirse, es un pasatiempo antes de entrar a trabajar. La escuela es una institución caduca surgida de una “vieja” necesidad social impuesta que en ocasiones puede ser divertida (cuando se socializa). La escuela representa la rutina que simboliza el orden, evitando a como dé lugar la contingencia.

El Desafío

En caso de México, el siguiente año se llevarán a cabo elecciones presidenciales, y dado el número de adolescentes que adquieren derechos políticos para participar en el proceso electoral, son ellos mismos los que podrían definir al ganador de la contienda. Si bien el sufragio de estos jóvenes como del resto de la población estará dividido entre las diversas opciones partidistas, ellos pueden hacer que gane algún candidato independiente. El incremento en la participación electoral será casi un hecho si no gana la apatía por la política, por la comunidad, por el Otro.

La credencial para votar, que es el documento oficial que les permite identificarse como mayores de edad o como personas maduras o responsables, es el documento que necesitan

³ Cabe señalar que estamos refiriéndonos a alumnos que ahora mismo están estudiando; pues hay un gran número de jóvenes, catalogados como “ni-ni” (ni estudian, ni trabajan), que actualmente no tienen manera alguna de incorporarse a la Universidad. Por ejemplo, el 70% no estudia en el Colegio que elige, y sólo el 8% del total de alumnos que hacen un examen de admisión estudian su bachillerato en la UNAM. Fuente: http://www.snie.sep.gob.mx/estadisticas_educativas.html



para tener acceso a los diferentes sitios de diversión antes que pensar en la posibilidad de participar en las elecciones.

Hoy por hoy existe un desencanto por la política, y por tanto un desinterés por participar en los procesos electorales. En las redes sociales pueden nuestros estudiantes engancharse en discusiones políticas, las cuales no trascenderán a propuestas, sino responden al escándalo. La política se queda en el ámbito virtual, no en la acción. Mediante los dispositivos móviles e inteligentes, los alumnos se pueden informar del acontecer mundial, podrán informarse sobre los comicios del siguiente año, pueden incorporarse a la participación política; pero ¿les interesa ese acontecer? ¿Qué tenemos que hacer para involucrar a los estudiantes? ¿Cuáles son sus requerimientos? ¿Qué se les puede ofrecer?

Los maestros

A lo largo de la historia de la educación, que ubicamos desde las primeras escuelas del Medievo, podemos advertir que la función de enseñar ha sido traducida como *enseñar a obedecer*. ¿Cómo hacer que los Otros me obedezcan? Para eso necesitamos autoridad. De los mecanismos para legitimar autoridad recurriremos más adelante; ahora lo que nos interesa destacar es que aquel que queremos que nos obedezcan debe apreciarse a sí mismo como impotente y, en tanto tal, no le quedará otra manera de ser que *ser obediente*, y eso se logra con la educación tradicional, que buena parte de ella contribuyen los maestros. Esa manera de entender la enseñanza parece ser la forma en que nos relacionamos los seres humanos y construimos comunidad, es más, parece ser la forma en que construimos jerarquías autoritarias; el resultado: una servidumbre voluntariamente aceptada.⁴

Cuando se enseña mandando, se despliegan una serie de acciones y actitudes, como la violencia, el sometimiento, se genera sumisión, etc., y entonces todo aquello que se catalogue como desorden, inquietud, libertad, novedad, cambio, etc., tendrá que ser reprimido. El duro y conservador afán por la disciplina tendrá como objetivo la internalización del miedo, lo

⁴ M. Langon (2015), “Autoridad docente”, en Lobosco M, *La Antifilosofía, en la escuela media y en la universidad*, Ed. Biblos, Buenos Aires. Cf. Étienne de La Boétie (2015), *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*. Booklassic, p.56





cual generará orden. Así la Escuela, en tanto lugar cerrado y sitio en donde nos encontramos aislados (sin salida), se convierte en el lugar en donde los alumnos son domados por sus profesores aplicando todos los recursos necesarios para que conozcan lo que es el orden y lo mantengan, pues son los maestros aquellos que detentan en este lugar el monopolio de la fuerza.⁵

Los maestros saben que el ser suministrador de la violencia deriva de la autorización que le ha trasferido toda la comunidad, es decir, el maestro manda y ordena en nombre de la sociedad. Tras la autoridad hay una autorización; autorización de la sociedad que lo legitima, al punto de ser “sacralizado”.

Es verdad que la educación no la origina el maestro, pues antes de él está la familia. Sin embargo, se piensa que los individuos deben salir de este primer grupo que es la familia, que deben conocer otros saberes, otras creencias y otros valores y, por tanto, pertenecer a un grupo mucho más amplio. El objetivo de ello es formar a este ser humano, de la mano del maestro esto podrá ser llevado a cabo. Pero nunca perdiendo la *actividad doméstica*, que de la educación forma parte esencial.

Desde el núcleo familiar, a los seres humanos se nos educa con la obediencia, así pareciera que si no obedezco no estoy siendo bien educado. Dentro de esta obediencia podemos encontrar la exigencia, el castigo, la humillación, la violencia...; toda esa educación paternalista se transfiere a la figura del maestro en la Escuela. Pero no todo es negativo, pues en el núcleo familiar también existe el cuidado, el consuelo, la comprensión.⁶ Lo cual se traduce a un binomio de Castigo/Premio; que tendrá el profesor que reproducir en el salón de clases como estímulos para continuar su tiranía.

Educar es salir del *domus* (casa). Quien detenta el poder en el *domus* es el *dominus*, o sea, el padre. Entonces tenemos que salimos del dominio de la casa para acceder al dominio del maestro (*dominus*).

⁵ Cf. M. Webber (1993), *Estado, economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.

⁶ M. Langon (2015), p. 59.



Cuando se le manda al hijo a la escuela, cuando se le obliga a salir de casa, cuando se le deja en manos de otros, se transfiere la autoridad. El maestro-padre acepta criar al hijo manteniendo la actitud autoritaria. Bajo esta perspectiva, educar no implica renunciar a dominar, sino atar o sujetar con otras cadenas, sólo es cambiar el *domus* por la *scholae*.

Críticos de la escuela como Institución, como Masschelein y Simons, nos dicen que la escuela no es otra cosa que una “invención política” de la *polis* griega que surgió como una usurpación del privilegio de las élites aristocráticas y militares, desligando a cada uno del origen, de la raza o de la naturaleza que los destinaba a ciertos trabajos; en este sentido la escuela estableció un espacio o tiempo desligado del cotidiano, es un tiempo libre del cual no todos gozan de ese privilegio.⁷

Nosotros creemos que Educar no es domesticar, no es obligar a entender y cumplir órdenes, pues no es lo mismo formar sujetos que únicamente dar instrucciones y obligar a seguirlas “a pie juntillas”. Nos parece que de lo que se trata es de mostrar el mundo y la vida, pero no únicamente, también se trata de transformar al mundo. El joven tendrá que vincularse realmente con el mundo (dialógicamente), es el hacer que las cosas nos digan algo, que nos atraigan, que nos sorprendan, que nos apasionen. Con la educación el mundo tiene que hablar con los jóvenes.⁸

Si bien el docente es responsable de la formación de los sujetos; la máxima responsabilidad es el de “liberar” al estudiante de todas sus funciones que “debe hacer” según lo marca la naturaleza, el destino, sus padres, los empleadores, los políticos o los líderes religiosos. Además, el docente tiene la tarea de promover el interés, aunque eso signifique conceder o delegar autoridad a sus aprendices; promover el interés sólo es posible mostrando interés por el conocimiento. El entusiasmo del docente abrirá paso a la libertad de las conciencias.

⁷ J. Masschelein y M. Simons (2013), *Em defesa da escola: uma questão pública*, Belo Horizonte, Brasil. p. 25-26

⁸ Masschelein J y M. Simons (2013), p. 95-98



Sin embargo, en la actualidad, ser docente implica estar en un oficio desvalorizado, pues existe un desprestigio y una pérdida de crédito a esta labor.

Las causas son múltiples: sobrecargo de responsabilidades, falta de infraestructura, reclamo de derechos, etc. Y es que se tiene la concepción cerrada de que la educación que implanta el maestro trata únicamente de la transmisión de conocimientos, y eso cualquiera lo puede hacer.⁹

Dicha concepción seguramente surge de la ignorancia. Las autoridades educativas suelen ser de designación política, es decir, no saben de educación, de formación, de alumnos, de maestros, de escuelas, de planes y programas de estudio; los que saben, los especialistas, los maestros, los pedagogos son excluidos. Así las autoridades educativas pretenden enseñar a los enseñantes.

Los docentes deberían ejercer autoridad a quienes los desautorizan, pues ellos son los que realmente dan los cursos y las clases, son responsables de la formación de sujetos y de la producción de aprendizajes. Los docentes deberían defender la escuela, pues es el espacio en donde existe un real crecimiento humano de las personas, es allí donde hay un espacio de apertura al diálogo, a la crítica, a la reflexión y a la creación. Las escuelas, los maestros y los alumnos, y la educación en general, no son tal cual como lo ve la globalización, es decir, al servicio del comercio.

La filosofía

Los seres humanos somos curiosos y nos asombramos de muchas cosas cuando somos niños, sin embargo, esta capacidad se va perdiendo conforme nos vamos habituando al

⁹ Una de las causas que han propiciado que la labor docente se desprestigiada es el hecho de tratar de mostrar a la población que cualquiera puede ser maestro. En México hoy en día, el responsable de la Secretaría de Educación Pública (SEP), ante las crecientes manifestaciones por parte del gremio académico por las afectaciones que tenido en el ámbito laboral la (mal) llamada “Reforma Educativa”, —pues los profesores, al protestar con “plantones” o marchas, han dejado de dar clases por reclamar sus derechos laborales—; ha dicho (con la venia del Gobierno Federal) que “despedirá a los profesores si siguen faltando a clases”, que en este caso estamos hablando de miles de maestros, pero agregó que “no debemos preocuparnos, pues cualquiera puede ser maestro, siempre y cuando haya concluido una carrera (licenciatura)”.



mundo,¹⁰ la sociabilización nos va “acostumbrando” al mundo, hasta el punto que solo algunas cosas se nos presentan como asombrantes o curiosas.

Nosotros consideramos que una buena parte de esta pérdida se produce en el esquema conservador y tradicional de la escuela.

Posturas muchas desde ya hace algún tiempo, como actualmente la de la corriente de Filosofía para niños, nos han dicho que todos somos filósofos por defecto. Todos nos asombramos, nos maravillamos, nos preguntamos, especulamos, analizamos, reflexionamos, entonces surgen preguntas tales como ¿por qué?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, etc., ante temas como el amor, la muerte, la vida, Dios, el universo, el gobierno o nosotros mismos. Parece ser que todos tenemos a un pequeño filósofo en el interior.¹¹ Algunos adultos aún nos seguimos asombrando de estos y otros temas y hemos llevado nuestras inquietudes al ámbito de la Academia; y hemos procurado despertar (o volver a despertar) la curiosidad y el interés de nuestros estudiantes por el mundo y, de tal modo, es posible producir un pensamiento libre y creativo.

Contrariamente a la educación tradicional, filosofar con nuestros alumnos no es imponer, sino se trata de escuchar, generar preguntas y pensar desde distintas perspectivas. Se trata de tener una actitud realmente democrática en el desarrollo de la clase. Así la labor del docente es engancharse con el estudiante, y juntos generen el ambiente de reflexión con argumentos lógicos e intencionales. Ya que se hace este “enganche”, el profesor tiene que hacer que se genere pacientemente el pensamiento filosófico, pero no con una simple transmisión de datos sino como una habilidad que necesita práctica para poder desarrollarse. Si únicamente se dicta la conferencia y se pone al profesor como protagonista (autoridad), entonces no todos participan, sino sólo el más capaz, el que tiene el conocimiento o la razón; es la enseñanza desde “lo alto” y esto es lo más antidemocrático en una Academia, pues se corre el riesgo de convertirse en adoctrinamiento.

¹⁰ Cf. J Gaarder (2016), *El mundo de Sofía*, Ed. Siruela, México.

¹¹ Cf. J. Murphy (2015), “Filosofía “interior”. Filosofía preuniversitaria: mi perspectiva”, en Lobosco M, *La Antifilosofía, en la escuela media y en la universidad*, Ed. Biblos, Buenos Aires.





Participación de todos para generar el ambiente filosófico, es justamente a lo que invitaba Sócrates con la mayéutica, es decir, se trata de “bajar” la autoridad a la colaboración y a la confianza, justo para que el alumno reflexione y reaccione: no se busca otra cosa que el pensar juntos, pues en el diálogo, en el intercambio de ideas surgirá el conocimiento.

La enseñanza no democrática hace que la educación se convierta en autoritarismo y adoctrinamiento, por tanto, en obediencia sumisa. La enseñanza democrática, no autoritaria generará “rebeldes”, que no se conformarán con lo impuesto sin discusión previa.

El grave problema de la filosofía es éste: la filosofía cuestionará a la autoridad, y cuestionar a la autoridad no es obedecer, sino desobedecer, con todas las implicaciones que esto lleva consigo. La filosofía genera entonces desobedientes. Pero si ser desobediente es generar pensamiento crítico, luego participación, y eso permite que seamos más humanos y preocuparnos por los Otros, bienvenida la desobediencia.

Conclusiones

Los estudiantes universitarios son en sí mismos estudiantes privilegiados si consideramos todas las condiciones y obstáculos que presenta la educación en general; ya que son estudiantes que han sido fruto de una sociedad que se desmorona en el individualismo producto de consumismo, las políticas neoliberales y la impunidad. A pesar de ello, consideramos que es en la Escuela en donde se puede formar este espíritu crítico, con el cual se puede poner en cuestión aquella realidad en la que poco a poco nos hemos acostumbrado a vivir, en la que nos hemos habituado.

La Universidad y su pensamiento crítico hacen posible el poder aprender a cuestionar de forma argumentada y crítica la propia realidad; pero no solamente, también en la Escuela los alumnos pueden ver los alcances y los obstáculos que han tenido, y los que tendrán que enfrentar en el futuro, tanto desde el punto de vista del propio aprendizaje como desde el enfoque epistémico y ético-político, dado que estar en ella permite visualizar y contextualizar las prácticas sociales y los sistemas de valores de un espacio y un tiempo determinados.





La Universidad promueve un carácter Humanista, la cual la lleva a constituirse como indispensable para adquirir un saber dinámico, abierto, racional, plural y sensible. La escuela tiene la posibilidad de fungir como un orientador, en donde se visualiza como una fuerza de transformación creadora que permite construir y, por ende, ayudar a la formación de alumnos responsables que participaran colectivamente como tales en su comunidad.

Una Universidad, creemos, debe permitir configurar de manera más específica un perfil del egresado acorde con su proyecto de vida, dado que el núcleo de la Escuela es vincular las ciencias con las humanidades y la tecnología, y estas son las condiciones para que el alumno se convierta en un ciudadano que sepa convivir y potenciar la diversidad cultural. Hablamos de un ciudadano que, a través de la reflexión filosófica, científica, histórica y cultural, posee una cosmovisión abierta y flexible ante la complejidad de la realidad. Así el ciudadano procurará dar sentido al bien colectivo, ayudando a mejorar la calidad de vida de sí mismo, de los otros y de su entorno.

El propósito no es otro que el de contribuir a que el alumno problematice sobre la razón de ser del conocimiento y la verdad, pero no sólo con relación a sus fundamentos, justificación y validación, sino para que valore y aplique de manera pertinente, la vinculación entre ciencias, humanidades y tecnología. Lo anterior conduce al alumno a que sea capaz de traducir esta vinculación en herramientas útiles para la comprensión de las dimensiones multiculturales, los ejercicios de poder, las valoraciones derivadas de la política, los conflictos emanados de la desigualdad y el mejoramiento de la calidad de vida, entre otros.





Referencias

- Althusser L. (2003), *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Quinto sol, México
- Foucault, M. (1988) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México. Siglo XXI,
- Gaarder (2016), *El mundo de Sofía*, Ed. Siruela, México.
- Giroux, H. (1996) “Educación posmoderna y generación juvenil”. *Nueva Sociedad*. Núm. 146, 1996. pp. 148-167. Caracas: Edit. Texto.
- Hargreaves A. (2000) *Profesorado, cultura y posmodernidad*. Madrid. Morata
- Kant I. (1999), *Filosofía de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- La Boétie Étienne (2015), *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*. Bookclassic, p.56
- Langon M. (2015), “Autoridad docente”, en Lobosco M, *La Antifilosofía, en la escuela media y en la universidad*, Ed. Biblos, Buenos Aires.
- Lipman M (2008), “A Life Teaching Thinking”, Montclair State University, Montclair, New Jersey.
- Masschelein J y M. Simons (2013), *Em defesa da escola: uma questão pública*, Belo Horizonte, Brasil. p. 25-26
- Mclaren, P. (1993) *Pedagogía crítica, resistencia cultural y la producción del deseo*. Buenos Aires. Rei-Aique.
- Murphy J. (2015), “Filosofía “interior”. Filosofía preuniversitaria: mi perspectiva”, en Lobosco M, *La Antifilosofía, en la escuela media y en la universidad*, Ed. Biblos, Buenos Aires.
- Tedesco J. C. (1996) “La educación y los nuevos desafíos de la formación del ciudadano”, *Nueva sociedad*. Núm. 146, 1996. pp. 74-89. Caracas: Edit. Texto.
- Webber (1993), *Estado, economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.